

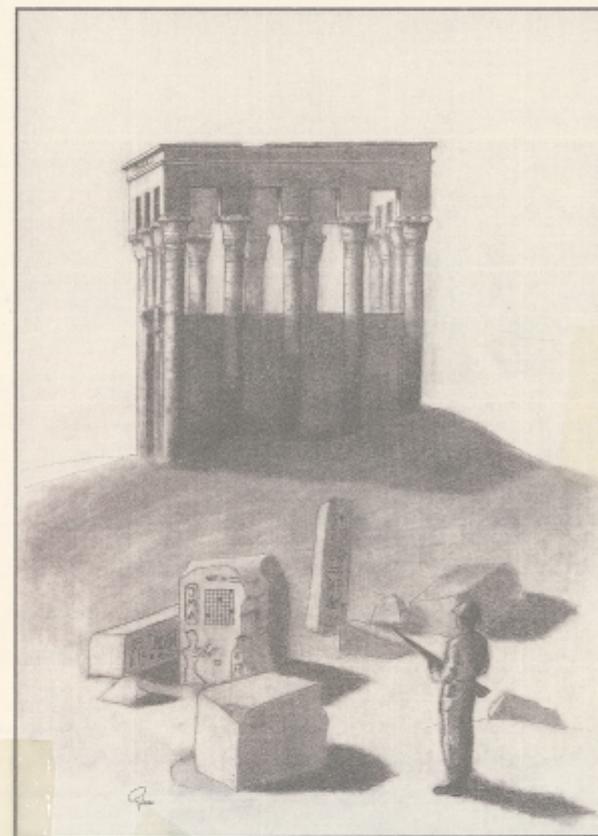


Excmo. Ayuntamiento de Benalmádena
Delegación de Cultura y Educación

BEN
82-3
MUÑ
CTU

JAVIER MUÑOZ ARREBOLA

El Crucigrama



Primer Premio
III CERTAMEN LITERARIO DE BENALMÁDENA
"VIGÍA DE LA COSTA"
1999

NO SE PRESTA

Solo puede consultarse
dentro de la sala de lecturas

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de informática o transmitida de cualquier forma o por cualquier método, electrónico, mecánico, fotocopia, grabaciones u otros medios sin previo y expreso permiso del propietario del Copyright.

Dibujo portada: Gracia Navas Quintana

1ª Edición: 12 de JUNIO de 2000

Impreso en: Gráficas Campos, S.A.



El Crucigrama
Javier Muñoz Arrebola
Prólogo: D. Alejandro Lozano Duque



Excmo. Ayuntamiento de Benalmádena
2000

El Cincuenta
Javier Muñoz Arredola
Prólogo: D. Alejandro Losano Dapue



El presente libro es el resultado de un trabajo de investigación que se ha desarrollado durante los últimos años en el Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Valencia. El autor desea agradecer a los profesores que han colaborado en este trabajo, especialmente a D. Alejandro Losano Dapue por su valioso aporte y a D. Javier Muñoz Arredola por su colaboración en la edición de este libro. También desea agradecer a los amigos y familiares que han apoyado y alentado su trabajo.

Excma. Ayuntamiento de Benicarló
2000

Enigma y resolución. A veces uno desea que la vida sea tan fácil. Que se limite a un conjunto de problemas que pueden resolverse con un poco de empeño por nuestra parte, aplicando las herramientas que el conocimiento pone a nuestro alcance. Como si la suerte y el caos no existieran, como si fuéramos dueños absolutos de nuestro destino.

Conocimiento e ignorancia. Estos conceptos se oponen en el presente relato. El uno encarnado por un tranquilo profesor, el otro por las negras y crueles fuerzas de la guerra, la crueldad que exige la necesidad del campo de batalla. Pero aquí, como en muchas, demasiadas ocasiones en el mundo real, cuando se opone este par no prevalece el componente más sabio, el más justo, sino el más fuerte, el más insensible en su poder de destrucción.

Vida y muerte se enfrentan como las casillas blancas y negras de un tablero de ajedrez, como los acertijos y su solución en un crucigrama. Y aquí la solución es al tiempo victoria y derrota, puesto que priva al protagonista del plazo que la muerte, juguetona, le había concedido, por mucho que le proporcione también el orgullo de la sabiduría.

Dicen que a la tercera va la vencida. Se puede aplicar en este caso, pues con su tercera edición el certamen Vigía de la Costa alcanza su madurez, que se revalidará en la cuarta, cuando pase a abarcar el ámbito provincial, yendo de lo particular a lo plural. Que nuestro vigía literario otee un horizonte cada vez más amplio desde su torre almenara, y que así este evento motive a más y más de los que aún no lo conocen o no se atreven a aventurarse en el profundo mar de la palabra escrita. Así verá cumplido gran parte de su objetivo, siendo un faro para la esperanza de los escritores en ciernes.

Alejandro Lozano Duque

Licenciado en Historia del Mundo Antiguo

Segundo Premio del 1er Certamen Literario de Benalmádena "Vigía de la Costa"

Tercer Premio del 2º Certamen Literario de Benalmádena "Vigía de la Costa"



El camino y la resolución. A veces uno desea que la vida sea tan fácil. Que se elimine a un conjunto de problemas que pueden resolverse con un poco de empeño por nuestra parte, aplicando las herramientas que el conocimiento pone a nuestro alcance. Como si la tarea y el error no existieran, como si hubiera dadas absolutas de nuestro destino. Conocimiento e ignorancia. Estos conceptos se oponen en el presente tanto. El uno es llamado por un respetado profesor, el otro por las negras y crudas luchas de la guerra, la cruda que exige la necesidad del campo de batalla. Pero aquí, como en muchas, demasiadas ocasiones en el mundo real, cuando se opone este por no prevalece el componente más sabido, el más justo, sino el más fuerte, el más inabarcable en su poder de destrucción.

Vida y muerte se enfrentan como las casillas blancas y negras de un tablero de ajedrez, como los acorjados y su solución en un crucigrama. Y aquí la solución es el tiempo, victoria y derrota, puesto que priva al protagonista del plazo que la muerte, jugadora, le había concedido, por mucho que le proporcione también el orgullo de la sabiduría.

Dicen que a la teoría se la vende. Se puede aplicar en este caso, pues con su tercera edición el certamen *Vigía de la Costa* alcanza su madurez, que se revivirá en la cuarta, cuando pase a abarcar el ámbito provincial, yendo de lo particular a lo plural. Que nuestro vigía literario oise en horizontes cada vez más amplios desde su torre almenar, y que así este evento motive a más y más de los que aún no lo conocen o no se atreven a aventurarse en el profundo mar de la palabra escrita. Así verá cumplido gran parte de su objetivo, siendo un ítem para la esperanza de los escritores en ciernes.

Alexandro Laviano Dupuis
Licenciado en Letras del Estado Vargas
Segundo Premio del 1.º Concurso Literario de Prosa "Vigía de la Costa"
Tercer Premio del 2.º Concurso Literario de Prosa "Vigía de la Costa"



Pieza menor del ajedrez [4 letras]

El frío vuelve translúcidas las mañanas, del mismo modo que las lágrimas limpian los ojos. Esa mañana era muy fría, no parecía de otoño. Estaba entumecido y no tenía las ideas muy claras, las pocas ideas capaces de soportar vigilias como aquellas. Pronto llegaría el relevo y podría dormir y comer algo, porque también el hambre rondaba la garita. El viento traía a ráfagas el ruido de los obuses castigando las montañas, donde se habían refugiado. De no ser por los tiros que recorrían el pueblo, de cuando en cuando, diríase de éste que era un fantasma muerto; pero aún quedaba vida para matar. Hace pocos días degollaron a Largo, uno de los nuestros, cerca ya de la alameda. No he podido dejar de pensar en él en toda la noche. Hablaba poco, es cierto, pero sabía hablar. No sé su nombre, desde siempre le llamamos Largo, por su baja estatura, aunque bien podría ser porque sobraba en todos lados. A menudo coincidíamos en las guardias, tal vez porque yo era el único al que le daba igual tenerlo como compañero. Supongo que era diferente, muy suyo, como todos los demás. Hace varias semanas, algunos hombres mataron al médico y a su hijo, junto a la fuente, desobedeciendo la prohibición de ejecuciones fuera del cuartel. Largo disparó como los demás,

pero no tenía valor para más. No entendía por qué se reían de él, tampoco comprendía para qué ese ensañamiento con cuerpos ya deshechos. No podía participar de aquellos juegos macabros, y siempre callaba. Fue ese mismo día, por la tarde, cuando trajeron a don Claudio.

-Han cogido al maestro. Lo traen vivo -me dijo ocultándose tras el humo del cigarro.

-¿Lo van a matar? -pregunté por preguntar.

-Supongo -contestó.

Es curioso, pero siempre que hablábamos de matar lo hacíamos en tercera persona, como si nada tuviera que ver con nosotros. Cualquiera diría que le estábamos ayudando a morir. Y, sin embargo, la mayoría de nosotros apenas podía contar sus muertos por mucha memoria que gastase. Don Claudio fue una patata caliente desde el día en que llegó. Las órdenes eran claras: mantenerlo vivo hasta juzgarlo. Se le mantuvo encerrado todo el tiempo que tardamos en limpiar aquel pueblo. Además de "la" comida le daban cigarrillos y algunos periódicos, pocos y viejos, daba igual, él sólo quería los crucigramas, los malditos crucigramas.

Trucha de río aclimatada al mar con aspecto de salmón [3 letras]

A Largo le dio clase, por eso no quería que don Claudio le viese. A los demás les traía sin cuidado, si bien había quien prefería no matarlo. Don Claudio era un hombre inteligente y culto, había escrito en el periódico contra unos y contra otros, así que de no haberlo cogido nosotros quién sabe si lo hubieran hecho ellos; era como una garrapata, daba igual en qué perro. También a mí me tocó calabozo y pude hablar una vez con él.

- Con cuatro letras, superior de un monasterio de hombres -me preguntó de repente.

- No sé -dije sin pensar (mientras pensaba). Estaba incómodo, como en el colegio, tal vez por eso me apoyé en el fusil.

- Empieza por a -como todo, murmuré hacia otro lado.

Él sabía la respuesta, sólo lo hacía por matar el tiempo, por romper el hielo. Luego hablaba de lo que fuera, esa era la forma de esconder su angustia en aquellos pasatiempos.

No tardó en llegar el momento en que el coronel dejara bien claras las cosas: "lo vamos a fusilar, es cuestión

de días". Había que moverse hacia el norte, aquí sólo quedaría destacada una compañía, el resto del regimiento se movilizaba. A nadie sorprendió el dictamen, pero sí las veladas reticencias en un hombre como él. ¿Por qué no se le había ejecutado? Nada de prisioneros, así era la cosa. La suerte estaba echada, pero nunca supe dónde, sencillamente no la encontré de frente en ningún sitio, así que me tocó volver al fregado.

Ánsares [4 letras]

En el norte las cosas estaban peor de lo que creíamos. Las luchas internas por el mando habían debilitado posiciones estratégicas y la confusión había dejado de ser la habitual para convertirse en caos. Lo peor de cada hombre campaba allí de un lado y de otro, a menudo no sabías si acababas de matar a quien correspondía. Ante la duda disparabas, y cada vez dudabas más. Resultaba aterrador comprobar que los "buenos" eran los que disparaban y mataban deprisa, los que queríamos acabar cuanto antes, pero había de todo en aquella jauría. Al parecer, mi odio era simple y certero, mientras otros se ejercitaban en el dolor y la humillación con una meticulosidad propia de ebanistas o cirujanos. Y callabas. Disparabas y te ibas. Hacías tu parte como podías y luego dejabas hacer. Lo realmente difícil es el primer

muerto -me dijo alguien al principio-, luego todo es lo mismo. Los muertos se parecen mucho, mucho más que los vivos. Yo, que siempre había odiado la rutina, estaba de lleno en la rutina del odio.

Cuando volví a las dos semanas, agotado y con una mano prácticamente destrozada, Largo me contó las cosas. Tumbado en el suelo, me aliviaba oír las contadas palabras de aquel muchacho, guardadas como un raro regalo de bienvenida. Nadie le hablaba, y eso parecía complacerle de algún modo, prefería que lo ignorasen. Dejábamos de hablar para oír el sonido de la lluvia sobre la uralita, a los dos nos gustaba. Nos limpiaba de algún modo aquel olor a tierra mojada.

- Estuve con don Claudio -empezó diciendo.

- ¿Y qué?

- Me estuvo hablando de Sócrates.

- ¿aquél jugador de fútbol? -pregunté.

Yunque de platero [3 letras]

Don Claudio había reconocido a Largo y eso pareció alegrarle. Estuvieron hablando de los años del instituto, de lo lejano que parecía entonces este futuro que nos estaba pasando. Le recordaba como un buen estudiante, algo



distraído y que no redactaba mal. Largo quiso decir algo parecido, pero no supo. El profesor estaba deshecho, desmembrado: su hija muerta, la mujer desaparecida, la casa quemada, los amigos que se iban o que resultaban no serlo... ¿quién de nosotros podía pensar con claridad?, ¿quién de nosotros seguía entero?

- Parecía sereno, ¿sabes? -añadió-. Como si no fuese con él. Tenía un montón de crucigramas resueltos por el suelo. Yo le llevé otro montón, le viene bien estar entretenido.

- ¿Por qué no le fusilan ya? -pregunté cambiando el tono de la conversación o acabando con ella.

En realidad nadie lo sabía. ¿A qué esperaba el coronel? Nunca se habían tomado tantas molestias. Las decisiones siempre eran rápidas y compactas, todo estaba ya demasiado pensado, sólo había que actuar. "Que piensen ellos, nosotros a lo nuestro" -repetía ante la más mínima objeción del mando. Nuestro coronel era un hombre de palabra, capaz de mantenerla a cualquier precio, lo que le volvía sumiso y terrible a un mismo tiempo. Es cierto que las cosas estaban cambiando, un sector amplio del ejército trataba de controlar la situación, de identificar y procesar a los enemigos que quedaban, que no debían de ser tantos. Los que aún no habían muerto se concentraban en los



campos, donde se llevaban a cabo juicios sumarísimos. Cuestión de imagen, imagino, pero no estaba tan mal. Al menos se les ofrecía otra alternativa.

Tiemble, vibre [4 letras]

Todo lo demás ocurrió muy deprisa. El celo con el que se movían las noticias y los cortes en las comunicaciones hicieron que el telex no se recibiera hasta media mañana. Al fin había llegado. Por texto sólo tenía una palabra, un verbo, un frío infinitivo de siete interminables letras que empezaban con efe de feria o de fiera: FUSILAR. Era suficiente. Todos aquellos preparativos, esa larga espera, las aparentes formalidades, inútiles diligencias..., me parecían entonces más crueles que los tiroteos desde los tejados.

No sé quién se lo dijo, ni si fue necesario decir nada. El día había amanecido tarde y oscuro -me miraba la venda sucia mientras Largo continuaba su relato-. Don Claudio recorría el cuarto mecánicamente con uno de los periódicos en la mano, parecía inquieto. Se le veía cansado y no le hubiera venido mal otra chaqueta.

- ¿Cuándo será? -preguntó al vigía.

- Por la mañana.

- No sé si me dará tiempo -murmuró.

El coronel dispuso rápidamente el grupo de hombres que formarían el pelotón de ejecución, y la escasa suerte quiso que uno de los fusiles hubiera de apoyarse en el hombro de Largo.

- Como Usted sabrá -soltó a bocajarro el coronel- mañana va a ser fusilado por crímenes contra la patria.

- Lo sé -dijo sin bajar la mirada, que se perdía.

- Quien ha tomado esa decisión se lo ha pensado, no crea -añadía mirando al profesor con curiosidad-. Ha escrito cosas muy feas contra nosotros, traiciona a su gente y entre sus amistades hay algunos asesinos de nuestro pueblo. Si le digo la verdad, yo hubiera acabado antes con todo esto. Pero ha sabido nadar y guardar la ropa, sólo que esta vez se ha mojado demasiado.

- Qué quiere que le diga... -preguntó al militar con cansancio.

- No hace falta que diga nada, está todo claro.

- ¿De verdad lo cree, coronel?

- Se le concede una última voluntad -añadió como si nada hubiera oído-, siempre que sea razonable; en su caso seguiremos todas las formalidades.

- Desearía terminar mi crucigrama -respondió mostrando el periódico.

- Si es lo que quiere... -dijo mientras se daba la vuelta y ordenaba al soldado que le abría la puerta- Tiren todos esos papeles del suelo, esto es una porquería.

Mientras don Claudio terminaba su crucigrama, no lejos de allí cinco hombres desmontaban, limpiaban y armaban sus fusiles, y más allá aún varias esquirlas de metralla se clavaban en mi brazo, llevándose algunos dedos por delante. Me estaba hartando de la guerra.

Templo de Alejandría [7 letras]

Hay cosas que no recuerdo bien, porque algunas veces cuando Largo hablaba yo le miraba y nada más. Don Claudio pasó la noche en vela, como era de esperar

(¿quién come antes de un banquete?). Hizo frío, y echó de menos aquellos viejos periódicos que, metidos por dentro de la camisa, le daban un poco más de abrigo. El café le reanimó un poco y cogió de nuevo el crucigrama. Estaba atascado: Templo de Alejandría, siete palabras. Sólo sabía que lo había sabido. Algunas letras le impedían formar la palabra completa y ésta era la clave. Inquieto, buscó en su mente como en un cajón lleno de postales: leyendo aquí y allá, mirando fotos y lugares, los sellos, las frases parecidas, los nombres... no tardó en echarse a llorar, en silencio y vuelto hacia la pared. Le habían dejado solo, sin vigilancia tras la puerta, como si ya no fuese necesario, como si hubiese empezado ya a morir.

Templo de Alejandría. Repasó brevemente la historia de la ciudad desde su fundación por Tolomeo, y se detuvo en la construcción y destrucción del Museo y la Biblioteca -la mayor colección de libros del mundo antiguo- o en la matanza de Caracalla, emperador romano que ordenó la masacre de casi la totalidad de la población masculina de la ciudad por razones desconocidas. Se detuvo en los versos de Cavafis y volvió.

Templo de Alejandría (7 letras), un nombre que había desaparecido de su mente como los casi 500.000 volúmenes de la Biblioteca. Cerró los ojos un momento.

Voz de mando [2 letras]

Cuando despertó, prácticamente era la hora. Las voces, el revuelo, la humedad en los huesos, las náuseas, el cuello y la palabra. ¿Por qué era todo tan desagradable? Durante un minuto deseó que ya hubiera pasado para dejar de sentir. Estaba triste y cansado. Levantó el crucigrama, con sus cruces blancas y negras de palabras, y sólo lo dijo una vez, pero fue suficiente para que al momento el coronel estuviese gritándole en vez de disparar.

- ¿Cómo que no lo ha terminado? ¿Qué significa eso?

- Sólo me falta una palabra -dijo con la serenidad del que no tiene nada que perder.

- ¿Pretende que me trague eso?

- ¿Por qué iba a mentirle? Sólo quiero terminarlo, no tengo que ser yo quién diga la respuesta. Es sólo un crucigrama.

Largo sonreía y no podía parar de hablar. Con-
formaba una extraña figura, allí sentado, con el arma
sobre las rodillas, moviendo sus brazos con lentitud
y acompañándose con frases nuevas. Ya no le importaba
mi atención, hablaba para sí, como si hubiese descu-
bierto de repente su boca y su lengua y su cerebro se
hubiese abierto de par en par. Yo le miraba en silencio,
sabiendo que ese momento sería ya para siempre un
recuerdo.

Buscaron infructuosamente entre los periódicos
el del día siguiente al del crucigrama en cuestión,
porque nadie sabía cómo demonios se llamaba aquel
Templo de Alejandría. El coronel andaba como loco,
no hacía más que leer aquel pasatiempo una y otra
vez. Allí no disponían de libros. Un teniente trató de
contactar por radio con el grupo que había tomado la
Universidad en la capital. Todo era inútil. El soldado
que traía la venda para el profesor se la metió en el
bolsillo y esperó junto a la puerta. Ese día ya lo había
ganado por una palabra de ventaja.

- Señor -dijo el soldado que traía el papel- no hay línea, pero hemos enviado por telex el texto, tres veces.

- ¿Y qué dicen en la Universidad?

- Me temo que no saben nada, señor. Estaban desconcertados, creían que se trataba de un texto en clave.

- ¡Que busquen en los libros! -gritó desesperado

- Han quemado los libros, mi coronel.

- Esta condenada guerra va a acabar conmigo-
y diciendo esto se encerró en uno de los despachos.

Al segundo día todo el regimiento sabía que en Alejandría había un Templo y que el profesor vivía en él. Recuerdo que en la escuela leímos un libro en el que una mujer se salva de que la violen porque por la noche rompía una alfombra que hacía durante el día, prometiendo entregarse cuando la acabase. Don Claudio lo habría leído, no cabía la menor duda, aunque, según Largo, él siempre había hecho crucigramas.

Cuando le llevé la comida -Largo estaba terminando su historia- don Claudio me preguntó si se sabía algo, y le contesté que no, nada.

Es curioso -comenzó a decirme apartando el plato-. Me van a crucificar por las palabras que he escrito y es precisamente una cruz de palabras la que me salva. Ya ves, la ignorancia, raíz de todas las guerras, es lo que me mantiene vivo. Una vida precaria y escasa, lo sé, pero tan vida como la tuya.

Durante aquellos días se recrudecieron los enfrentamientos y la extensión del conflicto a regiones limítrofes complicó mucho las cosas para nuestro ejército. En cuanto llegase el combustible partiría un convoy hacia la franja norte, un pasillo que comenzaba a estrecharse como una arteria y cuyo mantenimiento dependía en gran parte del regimiento. De algún modo, el profesor y su crucigrama pasaron a un segundo plano durante esos días y hubo quien pensó que lo dejarían libre, incapaces como eran de encontrar aquel maldito nombre. Pero eso fue hasta las seis de la mañana de aquel lunes. No sé por qué recuerdo el día,

en aquellas circunstancias ninguno sabíamos en qué día vivíamos, importaba poco.

Obsequio, presente [6 letras]

El coronel entró en aquel destartalado calabozo y despertó al profesor con un desconcertante "abríguese, hace frío". En el patio, iluminados por una débil luz de nubes, había cinco hombres descansando sobre sus fusiles; yo era uno de ellos -añadió Largo haciendo una pausa para tomar aire.

- Bueno, profesor, supongo que seguimos sin acordarnos del nombre exacto de la cosa ¿no? - adivinaba el coronel.

- Dígame Usted, coronel. Por lo que veo está dispuesto a terminar su crucigrama, déjeme acabar el mío.

- Ya está bien de tonterías, se nos acabó el tiempo. Quién sabe, puede que ahora encuentre la respuesta.

Según el relato de Largo todo se aceleró. En la guerra son comunes esos cambios de ritmo, esos

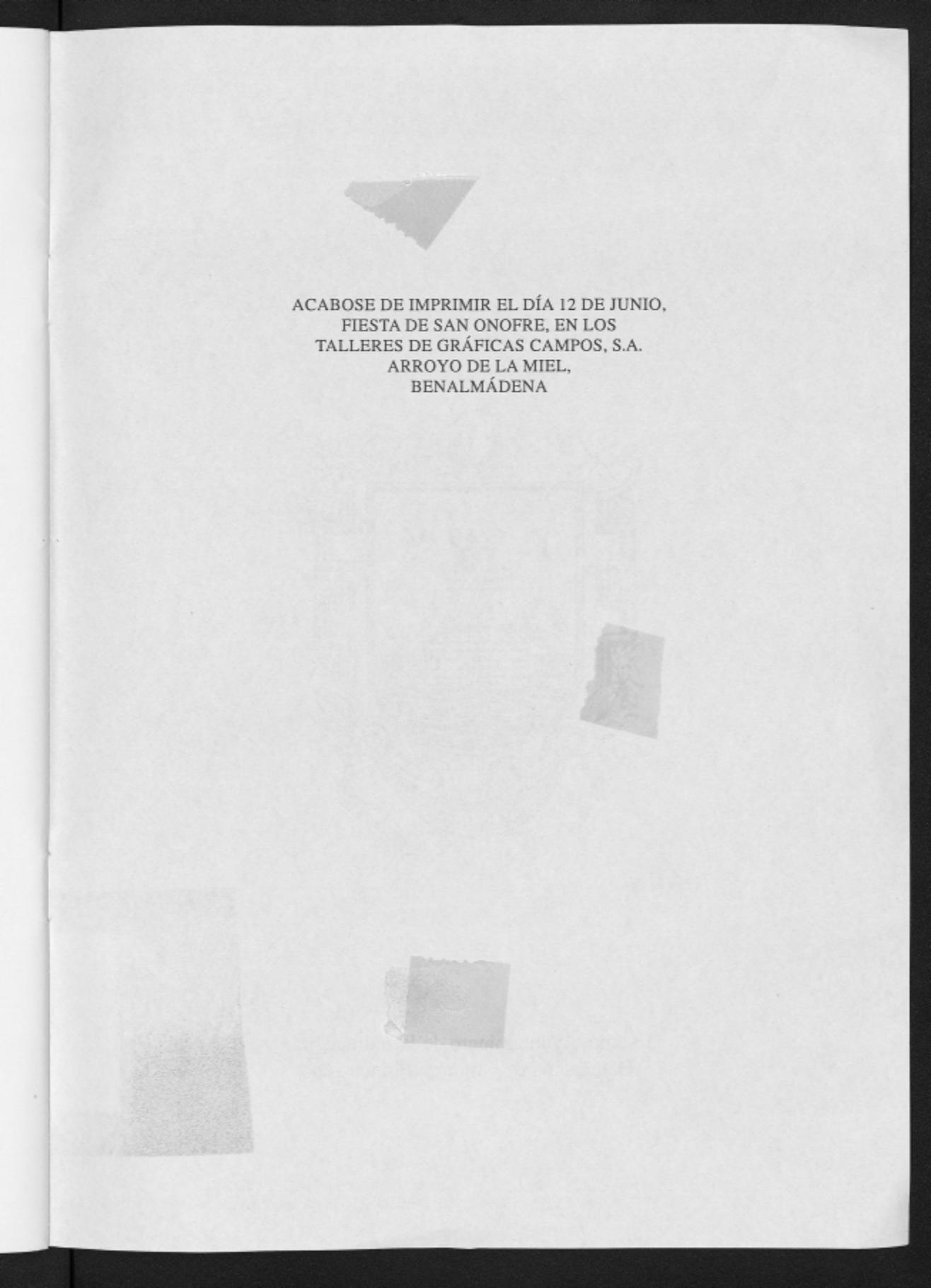
bruscos acelerones en los que no puedes acompañarte fácilmente con la realidad porque va a una velocidad diferente, y lo normal es bloquearte. Mientras apuntaban, Largo mantenía cerrados los ojos porque no podía soportar la mirada del profesor tras la venda. Estuvieron así cinco minutos. Los brazos temblaban bajo el peso del arma. No se oía nada salvo las cintas del arma y la arena y un ligero viento frío que traía el invierno antes de tiempo. Había también un susurro, como una débil oración repetida una y otra vez, casi inaudible, diminuta. Largo nunca me contó que esa oración no era tal, sino un nombre que salía de su boca repetido en cada espiración; una palabra de siete letras que se escapaba, dotada de vida propia, y que envuelta en vaho supo llegar hasta el maestro como un regalo. Un raro regalo de despedida.

Los últimos detalles de la ejecución me fueron revelados, de forma tosca, por uno de los que acompañaron a Largo en aquel pelotón. Habían estado cinco minutos apuntando, en silencio, esperando la señal del

coronel. Había un sonido que venía de donde Largo, como si dijese algo, un silbido o un temblor ininteligible. Sin embargo, el profesor parecía que le entendiera y sonreía al filo de la venda. Entonces, cuando todos esperábamos oír la voz del coronel, sonó un disparo y lo vimos guardar el arma en su funda, justo detrás de nosotros.

conocía había un fondo que venía de donde Largo
como el diablo al que se refiere a un condor. En
fueron en cambio el que se refiere a que se
y no se había ido a vender. En otros casos todos
esperamos en la voz del condor, pero en el
y la vimos guardar el alma en su funda justo
donde estaba el otro caso de un caso
seguir la voz del otro caso y a la
una voz un sonido tal, como un
de un caso y una voz tal, casi
diminuta. Largo nunca me contó que esa
era tal, sino un nombre que salía de su boca
en cada respiración; una palabra de siete
letras que se escapaba, dotada de vida
propia, y que en un momento
yo supe llegar hasta el maestro como un
regalo. Un regalo de despedida.

Los últimos detalles de la ejecución me fueron
revelados, de forma tosca, por uno de los que
acompañaron a Largo en aquel momento. Habían estado cinco
minutos apuntando, en silencio, esperando la señal del



ACABOSE DE IMPRIMIR EL DÍA 12 DE JUNIO,
FIESTA DE SAN ONOFRE, EN LOS
TALLERES DE GRÁFICAS CAMPOS, S.A.
ARROYO DE LA MIEL,
BENALMÁDENA